

CAPÍTULO XXVII

Política de la Francia desde 1610 hasta 1734. — Pérdidas de la casa de Austria. — Proyectos de Felipe II. — Se desvanecen en Inglaterra y en Francia. — Enrique III. — Enrique IV. — Conducta de María de Médicis. — Su destierro. — Su muerte. — Luis XIV. — Luis XV. — La emperatriz María Teresa. — Alianza austriaca. — Mr. de Bernis. — El rey. — El gran delfin. — Mr. de Choiseul. — María Antonieta. — Napoleón. — Estado moral de la Francia. — El trono. — La nobleza. — Los cortesanos. — Carta de un caballero de San Luis. — Dicho de Mr. de Estrées. — Mad. de Grammont. — Mad. de Tencin. — Mad. Adelaida. — Mrs. de Richelieu, de Brissac y de Noailles. — Los títulos. — Mad. de Beaujón. — Mad. de Chaulnes. — Matrimonios nobles. — El gentil hombre caudatario. — El clero. — Costumbres cortesanías. — La señorita Sofía Arnould y el abate Terray. — Las señoritas Raucourt. — Duthé. — La Guerre. — Granville. — La literatura.

Desde Enrique IV hasta Mad. de Pompadour, esto es, desde 1610 hasta 1734, la Francia conservó con el mismo esmero que Roma guardaba el fuego de las vestales, el sistema diplomático creado por el Bearnés, y proseguido por Richelieu, Mazarino y Luis XIV, á saber: la humillación de la casa de Austria.

En efecto, esta potencia, que en tiempo de Carlos V no veía ponerse el sol en sus vastas posesiones, ha perdido, de doscientos años á esta parte, el Rosellón,

la Borgoña, la Alsacia, el Franco Condado, el Artois, el Hainault, Cambresis, España, Nápoles, la Lorena, el Barrois, la Silesia y las Indias.

¿Quién le ha arrebatado todo esto? La Francia para ella, para sus príncipes ó para sus aliados.

El odio, pues, debe ser mortal entre ambos reinos, sobre todo si consideramos de qué modo se ha vengado, se venga y se vengará la casa de Austria.

Felipe II ha concebido el plan de convertir á España, Francia, Inglaterra y Austria, en lo que él llama la monarquía cristiana, y por eso se casa con la cruel María, hija del sanguinario Enrique VIII, y al mismo tiempo favorece en Francia los proyectos de la liga. En Inglaterra, no obstante, se ve contrariado, y no consigue hacerse coronar rey de la Gran Bretaña. En Francia le sucede lo mismo, porque Enrique III se dispone á entrar en tratos con el Bearnés.

Un joven partidario de la liga, llamado Santiago Clemente, asesina á Enrique III.

Queda Enrique IV, pero es protestante y no tiene á París en su poder: se convierte al catolicismo, París le abre sus puertas y Enrique IV es rey de Francia.

Tres veces intentan los de la liga, aunque sin resultado, asesinar al vencedor de Arques y de Ivry. En fin, cuando Enrique IV acaba de concebir el plan de una contra-liga, cuando medita la expedición de Juliers, que debe perder al Austria para siempre, el puñal de Ravallac le deja muerto en los brazos de Epernon, á quien acusan, con María de Médicis, hija de una austriaca, de haber cooperado al asesinato.

¿Cuánto ha costado á Felipe II esa liga conservada en Francia por espacio de veinte años? Los documentos encontrados después de su muerte en una cartera

particular, nos dirán: *quinientos catorce millones de oro*. Después de muerto Enrique IV, ¿qué hace su viuda? exonera á Sully, dilapida los veinticuatro millones, que su esposo ha encerrado en la Bastilla y en el arsenal, casa á su hija con el rey de España y á su hijo con Ana de Austria. ¡Oh! entonces se subleva toda la antigua corte de Enrique IV, y el primero de todos Luis XIII; decidese en el consejo del Louvre continuar el sistema político del rey difunto, y María de Médicis, desterrada por un implacable Richelieu y por el abandonado Luis XIII, va á morir á Colonia en casa de su pintor Rubens.

Su suerte es un ejemplo para la mujer de Luis XIV, María Teresa; en vez de dedicarse á las intrigas, como María de Médicis, ó pasar el tiempo en quejarse, como Ana de Austria, siempre está triste, resignada y silenciosa: durante el reinado del gran monarca, la España austriaca es casi una provincia francesa.

Luis XV hereda la política de su abuelo hasta el año de 1756, y auxiliado por la España, arrebata al Austria el reino de Nápoles y ayuda á Federico á conquistar la Silesia, que más tarde querrá, aunque inútilmente, conservar para sí.

María Teresa, que según escribe á la duquesa de Lorena, ignora si podrá quedarle una ciudad donde pueda guarecerse durante su parto, se humilla hasta el extremo de adular á Mad. de Pompadour: entonces llama *prima* á la mujer que inspira á Federico burlescos sarcasmos, nombra duque á Mr. de Choiseul y cardenal al abate de Bernis.

Nos aliamos con el Austria; este paso nos proporciona la guerra de siete años, y nos cuesta doscientos mil hombres, ochocientos millones, nuestras posesio-

nes de la India y mil quinientas leguas de territorio en el Canadá.

Entonces reconoce su error el cardenal de Bernis; Luis XV vacila, y el delfín se declara abiertamente contra la alianza austriaca.

El cardenal de Bernis es desterrado, Luis XV se libra por milagro del puñal de Damiens, y éste parece envenenado.

Por último, triunfa la política de Mr. de Choiseul, y la alianza con el Austria se estrecha más y más con el matrimonio de María Antonieta y el delfín.

En esta época, solo Dios sabía lo que iba á costar esta alianza á la nación francesa y á su rey.

Aquel fué un vértigo, que cuarenta años después ofuscó los ojos de Napoleón, cuando dió también su mano á la hija de los Césares, porque en 1810 compró á costa de su popularidad, y en 1814 pagó con el trono el placer de decir... *Mi pobre tío Luis XVI...*

He aquí lo que era la Francia, políticamente hablando, sin poder contar con todas sus posesiones en la India y en América. Digamos ahora lo que moralmente era.

El rey, la nobleza y el clero habían viciado las costumbres, y los filósofos la religión.

Luis XV había dado el ejemplo entregándose á amores vergonzosos y de baja esfera; hasta su tiempo, los reyes de Francia habían sabido respetar su propia dignidad en la elección de sus amantes.

Enrique IV tuvo á Gabriela de Estrées, á la duquesa de Verneuil y á Carlota de Montmorency.

Luis XIV á la señorita de la Valliere, á Mad. de Montespan y á Mad. de Maintenón.

Luis XV empieza como ellos, pero desde la duquesa de Chateauroux á Mad. de Etoiles, á la cual abandona

por la Dubarry, llamada primero Juana Vaubernier y despues la señorita Lange.

¡ Pobre Francia, entregada al veneno y á la familia asquerosa de los Dubarry !

Así el pueblo dedicó á su rey el siguiente epitafio :

Yace aquí nuestro Borbón,
Monarca de buena cara,
Que paga sobre carbones
Lo que en harina ganaba.

Veamos ahora lo que era la nobleza. Contaba ciertamente cuarenta y tres plazas de duques en el parlamento de París : los Richelieu tienen tres, que son el mariscal, Frónsac y Aiguillón : los Rohán otras tres, Montbazón, Chabot y Soubise ; los Chevreuses dos, Luynes y Chaulnes. Pero ¿ cómo sostienen su rango estos últimos herederos de los grandes nombres de Francia ? Casándose con hijas de comerciantes y arrendadores, lo cual significa *comerse los capitales de los suegros*. Otros comercian por su propia cuenta, y puede servir de ejemplo el duque de la Force que, en tiempo de la regencia, era propietario de tres tiendas de especias. El conde de Lauragais era fabricante de porcelana, y un Praslin vendía coletos y cascos ; por último, Mr. de Millebois explotaba una cantera, y Mr. de Guemenée, cansado de la vida industrial, se declaraba en quiebra.

Sin embargo, todos entretenían mujeres perdidas á razón de mil luises mensuales, y regalaban riquísimos diamantes á actrices de fama, cuyos favores estaban siempre de venta, como *La Guerre*, cantante de la Ópera, *La Duthé* y *La Prairie*.

Así pues, cuando se supo la fundación del Parque

de los Ciervos, llovieron las peticiones por parte de las madres, de los padres y de los hermanos, recomendando á sus hermanas, recomendando á sus hijas. Lo dudáis, ¿ no es verdad ?

Leed la siguiente carta de un caballero de San Luis, conservada en los archivos de la policia. Es un documento curioso que dará á conocer más que cuanto nosotros pudiéramos decir el grado de desmoralización á que se había llegado en aquel tiempo.

Está dirigida al mismo Mr. Berryer, y dice así :

« Monseñor : un padre de familia noble hace doscientos años, y regidor que ha sido de París, acude á vos animado de un amor ardiente hacia la sagrada persona del rey, á fin de preveniros que tiene la dicha de ser padre de una hija, verdadero portento de belleza, de juventud y de robustez ; los adjuntos certificados de los doctores, cirujanos y médicos os probarán este último punto ; otros testimonios de dos honradas mujeres certifican la completa virtud de esta querida hija.

» ¿ Me atreveré á esperar, monseñor, el poder conseguir que mi tercera hija Ana María de Mar... de edad de quince años, entre en la dichosa casa donde se educan las jóvenes de su sexo destinadas al preferente cariño de nuestro rey ?

» ¡ Ah ! monseñor, un favor semejante sería la dulce recompensa de mis treinta y cuatro años de servicios, como capitán en el regimiento de M..... y la de los dos hermanos mayores de mi querida hija, oficial de marina el uno, y magistrado el otro de un consejo superior. Mi hija mayor ha sido educada en Saint-Cyr y se ha casado con el señor R... gentilhombre de

S. M. La menor es religiosa en el convento de.... á P.....

» Quizá sea un inconveniente la mucha edad de la joven; mas á pesar de sus quince años, es tal su inocencia que ignora aun la diferencia de sexos. Ha sido educada por una madre, digna esposa, modelo de virtudes, casta y que ha trabajado siempre en procurar á su hija la aptitud necesaria para agradar á nuestro amado rey, que hallará en ella los inestimables tesoros que le son debidos.

» Esperaré, monseñor, vuestra contestación con suma impaciencia y si fuese favorable, atraerá las bendiciones de Dios sobre una familia que os será ciega-mente adicta por toda la vida.

» Tengo el honor de ofrecerme con el mayor res-
peto,

» Monseñor,

» Vuestro más humilde y obediente servidor,

» CH. DE MAR..... »

¿ Por qué este hombre honrado no había de haber ofrecido su hija, cuando uno de los Estrées dijo á Luis XV :

« Señor, dicese que el rey pretende á mi nuera; si así fuese, espero que no me hará el desaire de valerse de otra persona que yo. »

¿ De dónde creéis que dimanaba aquel grande abo-
recimiento de Mad. Dubarry á Mr. de Choiseul ?

De que éste después de haber sido amante de su hermana, Mad. el Grammont, quería hacer de ella la querida del rey.

D'Alembert, el héroe de la Enciclopedia hallado en las gradas de la iglesia de Saint-Jean-le-Rond, era hijo de Mad. de Tencin, canonesa, y probablemente de su hermano el cardenal de Tencin.

Es verdad que cuando nació d'Alembert, el 16 de noviembre de 1717, no era aun Mr. de Tencin más que abad y su hermana había dejado de ser canonesa.

Hemos hablado de la fundación del Parque de los Ciervos, y nos resta añadir que á él fueron conduci-
das, por un cálculo aproximado, más de mil jóvenes en el espacio de diez años.

En el capítulo de los economistas veremos lo que costaron al Estado.

Entre una nobleza de esta especie ¿ qué hombres quedaban de algún valor ?

Fáciles son de contar.

El duque de Richelieu, honrado; pero cuya galan-
teria ha contribuido mucho á la desmoralización del siglo.

El mariscal de Brissac, original por espíritu cabal-
lresco, que ve el abismo á donde se camina y que pretende que el canceller Maupeón nos hace odiar el gobierno monárquico.

El duque de Noailles, que tenía el privilegio de decir al rey difunto las verdades más duras.

El duque de Duras, en fin, y el duque de Beauveau que acaban de preferir la pérdida de su gobierno al sistema del canceller, y de protestar contra el tribunal de justicia.

Nosotros entendemos siempre por la alta nobleza, los nobles ilustres por sus honores militares ó por sus grandes empleos en la corte; en cuanto al oropel, aunque se remontase á la creación del mundo, no podían ser comprendidos en esta clase; los golillas,

en ningún caso podían comer con los príncipes de la sangre, y sus mujeres no podían ser presentadas.

El último subteniente de infantería, en siendo gentilhombre, podía pasar delante del canciller de Francia.

Con respecto á los títulos de marqués, vizconde, barón, no significaban absolutamente nada; la nobleza no la formaba el título; pues éste le tomaba cualquiera con el mayor descaro. He aquí un ejemplo:

« Se os suplica asistáis á la conducción del cadáver y entierro de *la muy alta y muy poderosa señora* ISABEL BONTEMS, *mujer del muy alto y muy poderoso señor* NICOLÁS BEAUJOU, consejero de Estado, secretario del rey, de la casa, de la corona de Francia y de sus rentas de la Rocheta. »

Este señor *Nicolás Beaujou* no era otra cosa que un advenedizo agiostita. Mas el abate Terray, que de todo sacaba partido, halló el medio de utilizar esta vanidad.

Ocupado siempre en aumentar los impuestos mandó á los recaudadores hiciesen los repartos, no según la fortuna, sino con arreglo á los títulos de cada uno.

A todos los marqueses, condes, vizcondes y barones de contrabando se les impuso la contribución como si fuesen verdaderos barones, vizcondes, condes y marqueses. Tres días después las oficinas de los asentistas estaban llenas de gentes que iban á destitularse y á pedir indulgencia, pero inútilmente; fueron inscritos en los registros y pudieron en lo sucesivo emplear como prueba el pago de sus contribuciones.

Hemos dicho la frase de la marquesa de Chaulnes á su hijo, quien rehusaba casarse con la hija del señor Bonnier, hombre oscuro, pero inmensamente rico.

Hacéis mal, hijo mío, las tierras perdidas se hacen

productivas con el abono. Así es que en 1774 no había una sola casa que pudiera crear sin dispensa caballeros de la orden de Malta.

El duque de Nevers casó con la señorita Lolotte, querida del embajador de Inglaterra, el conde de Albermale.

El marqués de Moutiers casó con la señorita de Varennes, alumna de Mad. París, una de las primeras intercesoras de Francia.

Un representante de la principal y más antigua nobleza, el marqués de Langeac, casó con Mad. Sabbatin, querida del duque de La Vrilliere, con la expresa condición de no hacer con ella vida marital.

Vióse por último á Guillermo Dubarry casarse con la señorita de Lange para procurar á Luis XV una querida con título.

Cayeron en igual descrédito los honores militares. El conde de La Luserne y Mr. de Maugerie se acusaron recíprocamente de haber intentado asesinarsé, pero en ninguna manera quisieron batirse.

El conde de Maillebois fué nombrado director general de la Guerra, en recompensa de habersele probado en un escandaloso proceso, cuyos pormenores pueden verse en los periódicos de aquel tiempo, el crimen de traición al Estado.

El conde de Langeac fué nombrado caballero de San Luis, aunque apenas contaba los años de servicio necesarios para obtener esta recompensa, por haberse dejado insultar, al salir de la Ópera, por el cirujano del príncipe de Conti, y no haberle pedido satisfacción del insulto.

Otro caballero de San Luis llevaba la cola del manto del cardenal de Luynes.

La historia no nos ha transmitido su nombre, pero

nos conserva el dicho del marqués de Confláns, el cual alzó la voz en una ocasión contra el uso de que un cardenal se hiciera llevar la cola de su manto por un noble.

— Debíais saber sin embargo, señor marqués, que existe esta costumbre, respondió su eminencia, cuando en otro tiempo he tenido un Confláns por noble caudatario.

— No digo que no, repuso el marqués, siempre ha habido en nuestra familia entes miserables que para vivir se han visto precisados á tirar de la cola al diablo.

Por lo que hace al clero, tenia cátedras de ateísmo y de disipación. Como las altas prebendas estaban reservadas para la nobleza, el clero seguía la disolución de los nobles. El obispo de Beauvais, después obispo de Sens, que habia predicado de un modo inimitable los sermones de cuaresma delante del rey, fué excluido del obispado por ser hijo de un sombrero, mientras que Mr. de la Roche-Aymón fué hecho cardenal sin la menor dificultad, á pesar de que vivía con una mujer que le habia hecho padre de siete hijos. El cardenal de Bernis empezó siendo un abad muy mundano y un poeta ligero en demasia, pero hizo carrera adulando y sirviendo á Mad. de Pompadour. Mr. de Montazet, arzobispo de Lyon, que en su cualidad de primado de las Galias reformó el arzobispado de París, vivió públicamente con Mad. la duquesa de Mazarino. El arzobispo de Tolosa, Brienne, de quien nos ocuparemos más tarde, era ateo ó poco menos. El obispo de Senlis, académico, aunque jamás escribió nada, ni leyó siquiera sus mandamientos, medró por el influjo de Mad. Dubarry, lo mismo que Mr. de Bernis por el de Mad. de Pompadour. El

príncipe Luis, coadjutor de Estrasburgo, futuro actor principal en el drama del Collar, fué alejado de París, por haber formado el loable proyecto, sin duda para convertirse, de arrullar á todas las jóvenes de aquella ciudad, proyecto que fué interrumpido, según unos á la mitad, según otros á la tercera parte del camino. Mr. de Beusos, obispo de Verdún, desde entonces obispo de Rennes, se jactaba de haber tenido nada menos que, durante los estados de Nantes, ciento cincuenta jóvenes que poseían el raro talismán, con ayuda del cual arrojó á los ingleses Juana de Arc. Se vanagloriaba de haber ultrajado á todos los individuos del parlamento de Rennes cuyas mujeres eran bonitas, único medio, según decia, que podia emplear un hombre de su clase para vengarse de los magistrados.

Ya se recordará que el obispo de Orleáns era célebre por aquella famosa hoja de beneficíos, que siempre tenia á disposición de la señorita Guimard, lo cual hacia decir á la señorita Sofia Arnould: « No sé como ese gusano de seda llamado la Guimard no engorda, hallándose rodeada de tan buena familia. » El obispo además contaba entre sus queridas á su misma sobrina.

Por último, Mr. Amelot, obispo de Vannes, era uno de los más refinados sibaritas de la época.

Por su parte tampoco se quedaban atrás las grandes señoras. Unas, como Mad. de Richelieu, sabiendo por experiencia que los nobles carecen por lo regular de *energía*, tomaban por amante á un lacayo, ó á otro criado cualquiera de sus maridos. Otras recludaban en el teatro y citaban á los actores, sin darles muchas veces el tiempo necesario para mudarse el traje y quitarse el colorete.

— ¿Qué pensarían mis abuelos, si me viesen entre los brazos de un histrión? exclamaba una dama de las más encopetadas recobrando sus sentidos al lado del cómico Barón.

— ¡ Oh ! le contestó éste; bien fácil de adivinar es eso, querida mía; creerían que eres una ramera.

Generalmente se decía: ladrón como una duquesa.

Las cortesanas que figuraban principalmente en tan abominable escena, eran por su importancia y por orden alfabético las siguientes: — La señorita Arnould, que había inspirado tantas locuras al conde Lauraguais. Tenía el rostro largo y flaco, la boca muy fea, dientes desmesurados y desiguales, piel morena y sudosa, bonitos ojos, poca voz como actriz, pero mucha gracia, sin igual coquetería y tanto talento como el mismo demonio. Hacía burla de sus tres amigas las señoritas Chateauvieux, de Chateaneuf y de Chateauroux, y de su compañera la Vestris, diciendo que no sabían vivir, porque de cada amante tenían un hijo. Era el idolo de los nobles por su descaro, por su desvergüenza y por la obscenidad escandalosa de sus proposiciones. En la época á que nos referimos tenía engañado á un arquitecto, y habiéndole sus amigas echado en cara su mal gusto, les contestó: « ¡ Qué queréis ! está ya tan arruinada mi reputación, que me ha sido preciso buscar un maestro de obras para que la apunte. » Después del arquitecto se aficionó á la señorita Virginia, inocente joven, que iba á colocarse en el teatro, y la pervirtió.

Nuestros lectores dudarán de esto, pero véase á continuación un párrafo sacado de las memorias de Bachaumont.

« 11 de julio de 1774. — El vicio heroico está en

moda entre nuestras señoritas de la Ópera, que lo han acogido con furor designándolo con el nombre de *pecadillo picante*. La señorita Arnould, aunque ha hecho sus pruebas en otro género, ha caído en la tentación y se sirve á todas horas de la señorita Virginia, á la cual ha educado en las más refinadas máximas de desorden y de libertinaje. La señorita Raucourt también se ha aficionado mucho á la misma Virginia y por ella ha renunciado á los abrazos del marqués de Bievre. El señor de Ventes ha querido examinar á Virginia en el Palacio Real, acerca de las escenas divertidas en que toman parte con ella la Rauconat y Sofia, pero presentándose ésta de pronto, ha dado al caballero un terrible bofetón, que el buen hombre ha tenido que tomar á broma. » Tom. VII, pág. 188.

La señorita Arnould aspiraba á veces mucho más alto que sus compañeras. El 4 de enero de 1774 escribió al abate Terray lo siguiente :

Carta de la señorita Sofia Arnould, de la Ópera, al señor abate Terray, contralor general de Hacienda, con motivo del baile preparado.

« Monseñor,

» Siempre he oído decir que despreciabais las artes, y sobre todo las de recreo, y todos atribuyen esta indiferencia á la austeridad de vuestro carácter. Yo os he defendido del primer cargo, y en cuanto al segundo, me sería imposible sublevarme contra el grito general de toda la Francia. No puedo creer sin embargo que un hombre tan sensible como vos á los

encantos de nuestro sexo, pueda abrigar un alma de bronce. En efecto, acabáis de probar lo contrario ocupándoos de nosotras en medio de los importantes asuntos de vuestro ministerio. Precisado á hacer contribuir á la nación un impuesto de 162 millones, habéis reservado la parte correspondiente al teatro lírico y á los demás espectáculos. No ignoráis que una dosis de las señoritas Allard, Caillaud y Raucourt, es un narcótico seguro para calmar las dolorosas operaciones que practicáis en el país, porque, á fuer de verdadero hombre de Estado, empleáis sus diversos miembros con arreglo á la utilidad que pueden proporcionaros.

» El gobierno tiene sin duda en tiempo de guerra mil consideraciones con el militar valiente que derrama su sangre por la patria; pero en tiempo de paz, la presencia de ese militar mutilado sólo sirve para afligir los corazones y excitar las quejas de los franceses, siempre dispuestos, por desgracia, á murmurar de todo. Es pues necesario, como vos hacéis, echar mano de personas que contenten y diviertan al pobre pueblo. Un cantante y una bailarina son en este caso personajes muy esenciales, y la distribución que se establece en las recompensas para estas dos especies de ciudadanos es proporcionada á la idea que de ellos se tiene.

» El oficial estropeado, por ejemplo, consigue con trabajo y después de infinitas solicitudes y empeños una pensión módica, consignada sobre el tesoro real, especie de criba, bajo la cual se necesita tener por mucho tiempo extendida la mano para recoger algunas gotas de agua. Al actor se le trata con más magnificencia y se le asigna una sanguijuela pública, animal necesario, al cual se engorda en favor nuestro con la

sustancia más pura, para que poco á poco la vaya dejando en nuestras manos. Á ese título, monseñor, á la profundidad de vuestra política debo atribuir sin duda el permiso lisonjero con que honráis mi débil talento. Se dice que me habéis destinado una falda, y aunque á otro asustaría la palabra, á mí no, porque ya sé que es una falda de oro. Os doy, pues, las gracias y os deseo las mayores felicidades; por ejemplo, que nunca encontréis mujer que se rebele contra vuestros deseos; que todas cedan humildemente bajo la presión de vuestra deliciosa mano, y que la más orgullosa de todas se deje domar por vos y experimente ese estremecimiento nervioso, presagio de un manantial de goces, siempre que la conduzcáis á los afortunados campos de Idalia.

» Soy con el más profundo respeto,

» Monseñor,

» etc., etc., etc. »

El abate Terray le contestó:

« Versalles, 8 de enero de 1774.

» Os han informado mal, señorita, pues no se os ha destinado falda nueva para el baile que se prepara; tampoco la necesitáis para trastornar las cabezas de los hombres, que se deciden á encontrar los tesoros ocultos en vuestra inagotable imaginación.

» Soy, señorita, etc., etc., etc. »

La señorita Raucourt daba escándalos más públicos

que Sofia Arnould y fundó una orden de *Vesta*, de la cual era gran sacerdotisa. Esta orden, compuesta de mujeres, juraba en una ceremonia, cuyos estatutos pueden leerse en nuestros documentos justificativos, odio eterno á los hombres : es verdad que no siempre guardaban con fidelidad este juramento, y por cierto que la gran sacerdotisa era la que más á menudo lo quebrantaba : véase el siguiente párrafo de las ya citadas memorias de Bachaumont.

» 15 de octubre de 1774. — La disputa entre las señoritas Arnould y Raucourt ha degenerado convirtiéndose en guerra abierta. El señor Bellenger, pintor de los príncipes y amante de la primera, la defiende contra el marqués de Villette, querido de la segunda, y el primero ha insultado tanto á su contrario, que éste se ha propuesto darle una buena paliza. La escena ha pasado delante de testigos, por lo que temiendo Bellenger el resentimiento del marqués, se ha quedado de él al tribunal criminal. Ha habido sin embargo mediadores y un arreglo ridículo, según el cual, los dos rivales debían presentarse espada en mano para batirse, en cuyo acto los separarían sus amigos : así se ha hecho ni más ni menos. »

Con motivo de esta reconciliación se escribió la carta que se leerá entre los documentos justificativos.

La señorita Raucourt vivía públicamente con Mad. P... y ésta tenía un hijo, cuyo padre se ignoraba : el niño llamaba papá á la primera.

La señorita Guerre era franca y rumbosa : tenía el rostro ovalado y del color de la rosa ; y con ella ó por ella, pues ambas cosas pueden decirse, como asegu-

raba Malherbe al morir, gastó el duque de Bouillon ochocientos mil francos en tres meses.

La señorita Duthé tenía asimismo una reputación colosal hacia el año de gracia de 1774 : las señas más exactas de su persona se encuentran entre las curiosidades del bosque de Saint-Germain.

Número 6. — *Máquina*. — Bellísimo autómatas en casa de la señorita Duthé. Representa una hermosa criatura, que ejerce todos los actos físicos ; come, bebe, baila, canta y obra como persona natural, como un cuerpo dotado de inteligencia. Despoja á un extraño con la mayor gracia ; muchos desean que hable, pero los más han renunciado á este gusto y prefieren contemplarla cuando se mueve, porque se manifiesta tal cual es, ó lo que es lo mismo, inimitable.

Mr. Durfort era el aficionado que en aquel tiempo tenía el privilegio de hacer que se moviese la *máquina número 6*.

La señorita Duthé había entrado de corista bajo el nombre de Rosalia, y debió su fortuna á la elección que de ella hizo el duque de Orleans para que diese lecciones de matrimonio á su hijo el duque de Chartres, á quien se llamó Felipe Igualdad, durante la revolución. Satisfecho el duque de Orleans de la manera con que había llenado las funciones de instructora conyugal, le dió cien mil libras y la puso en moda prodigándole merecidos elogios. El conde de Artois la encontró de su agrado, y esto hizo decir, que habiéndosele indigestado el pan de Saboya (1), se curaba

(1) El conde de Artois acababa de casarse con la princesa María Teresa de Saboya.

con purgas de la Duthé. Ésta se creyó sin duda princesa de la Sangre por las dos alianzas morgánicas que había contraído, y se presentó en Longchamp en una carroza de seis caballos; pero el público se indignó tanto con su impudencia, que silbó á la cortesana impidiendo que su carruaje figurase en la fila formada por los demás.

En cuanto á la *Prairie*, era, según la crónica, muy inconstante, muy voluntariosa y muy desvergonzada. Pertenecía al príncipe de Soubise, que la ocupaba muy poco, y por consiguiente le dejaba tiempo para que se entregase á sus caprichosos desórdenes con el abate Terray y con otros.

Una de las más famosas cortesanas de la época iba á ser temporalmente secuestrada de la sociedad, dando motivo á Luis XVI para que pronunciase un juicio digno del rey Salomón.

Era la señorita Granville.

Entreteníala Mr. Chaillón de Joinville, y ella se entregaba al mismo tiempo á un militar, cuyo sacrificio reclamaba á menudo el auxiliar del consejo. Se lo había ofrecido mil veces la Granville, pero continuaba secretamente sus amores con el amante preferido. Cierta día Mr. Chaillón de Joinville, avisado por sus espías, llega á deshora á casa de su ninfa y sorprende á ésta en los brazos del hijo de Marte: los amantes, en vez de sorprenderse con la vista, reúnen sus esfuerzos; cogen el pobre diablo que ha interrumpido sus placeres y lo meten en un gabinete inmediato, cuya puerta cierran, pero le dejan la facultad de ver por los cristales la continuación de la tarea, á la cual se entregan de nuevo en sus barbas. Concluída ésta del mejor modo posible, como dice Moliere, sueltan al auxiliar del consejo y le ponen de patitas en la calle,

suplicándole que otra vez no sea tan indiscreto.

Pasan días y días, y al fin se va agotando la mina de arenas de oro que produce el río, en cuyas aguas bebía la cortesana, y ésta, después de maduras reflexiones, busca al amante ofendido, conviene en que se ha portado mal, se arroja á sus pies y le pide perdón. Confiesa entonces hipócritamente que ella no era capaz de haber injuriado por su propia voluntad á un hombre tan respetable, y que si obró así, fué por temor de que el militar, hombre violento, si los había, cometiese un desacato mayor contra un rival desarmado y sin la menor defensa. Juró que no volvería á suceder semejante cosa, pues reconocía los méritos del amante ultrajado y la barbarie del militar, de modo que en lo sucesivo siempre encontraría éste cerrada la puerta.

El auxiliar del consejo conoció que la cosa le venía á pedir de boca, pues hacía tiempo que meditaba vengarse, y estaba convencido de que, á pesar de sus protestas, le engañaba la hermosa Granville: resolvió, pues, poner su plan en ejecución. Mr. Chaillón de Joinville era un eminente letrado, y había leído en cierta obra que otro amante como él, llamado Ferón, castigó cruelmente trescientos años antes á Francisco I por una afrenta semejante á la suya. Fué, pues, al mismo origen que el abogado Ferón para abastecerse de la misma mercancía, y se preparó á cedérsela toda ó en parte á la señorita Granville.

Desgraciadamente para el auxiliar del consejo estaba prevenida la astuta pecadora, y cuando aquél se presentó en su casa, le refirió ella su proyecto con todos los pormenores, previniéndole que en París se sabía ya públicamente que era un hombre perverso y abominable.

Pero la Granville no conocía á la gente de toga, aunque había estrujado muchas con sus impuras manos. Furioso el auxiliar pasa á ver al teniente de policía y acusa á la cortesana de que le había dado lo que él quería regalarla, reclamando al mismo tiempo veinte mil francos en letras que hacia un mes había firmado á favor de la bribona que le engañaba.

El magistrado no se atrevió á juzgar por sí solo aquel delito y se refirió al ministro, quien pasó el asunto al rey, y éste declaró que los 20,000 francos estaban legitimamente adquiridos por la Granville, disponiendo también que ésta fuese encerrada en Santa Pelagia.

Las demás cortesanas de fama eran :

La señorita Dubois, de la comedia francesa, que en 12 de septiembre de 1775 contaba (tal era la regularidad con que llevaba sus libros), diez y seis mil quinientos veintisiete amantes: Fanny, Hocquard, Urbain, Felme, Fanfan, Renard, Julia, Lolotte, Quiney, Lilia y Miré, encantadora artista, que hizo cantar tanto á su último amante, que este murió y escribieron sobre su sepulcro: *Mi-re-la-mi-la* (1).

Todo esto destruía la sociedad á pasos agigantados, como los gusanos destruyen la carena de un buque royendo, mordiendo, taladrando, hasta que hacen agujeros, por donde penetra el agua hasta que el barco se hunde.

Por lo demás, la disolución de la corte, de los príncipes, de los nobles, del clero y de la magistratura, se había infiltrado en las clases bajas: éstas tenían en el Palacio Real sus aposentos de libertinaje, leían colecciones de canciones lúbricas que se imprimían

(1) Miré l'a mis là : Miré lo ha puesto ahí.

con profusión, compraban láminas representando las inmorales escenas de la grandeza, y hojeaban obras obscenas, cuyo número era prodigioso.

En efecto, desde 1760 hasta 1774, habían aparecido al público: *Saturnino ó el Portero de los Cartujos*, sin nombre de autor, publicado en 1760.

El *Aretino Moderno*, por el abate Dulaurens, que en 1765 escribía ya en Roma el *Compadre Mateo*.

Felicia ó mis travesuras, publicado en 1770 por el caballero de Nerciat.

Venus en cebo ó la vida de una célebre libertina, en 1771.

La Academia de las Damas, Imitación de la Eloisa, por Mersieus, tres ediciones consecutivas.

El Sofá, de Crebillón, hijo.

Los diamantes indiscretos y la Religiosa, por Diderot.

Digamos en honor nuestro que desde el principio del siglo actual no se ha publicado obra alguna parecida á las citadas.

Pero entonces se publicaban, y el pueblo las leía; que imitaba á los grandes, esperando destruirlos; hacia alarde de libertinaje, de ateísmo y de incredulidad; se burlaba de todo, así de las cosas santas como de la protección de los nobles; armaba lazos á la virtud en los monasterios; perseguía con su obscenidad al eclesiástico que pasaba por la calle; frecuentaba poco los templos, y no salía de los garitos y de las casas de prostitución; por último empezaba á renegar de los nombres de santos, y daba á sus hijos los de los héroes de Grecia y de Roma.

Además, acababan de establecerse la Lotería y el Monte de Piedad, dos abismos en que pueden desa-

parecer fácilmente el dinero y la moralidad de un pueblo.

Ya hemos visto lo que el rey, los príncipes, los nobles, el clero y los magistrados habían hecho con las costumbres. Ahora veremos lo que los filósofos hicieron de la religión.

CAPÍTULO XXVIII

Los filósofos

Había, hacia mediados del siglo, tres hombres que profesaban un odio terrible al cristianismo.

Voltaire, d'Alembert y Diderot.

Odiaba Voltaire la religión porque aborrecía todo aquello en que había pureza, y tenía celos de todo lo que era grande. ¿Cómo había de respetar al Cristo de los judíos, el que había menospreciado á Juana de Arco que era el Cristo de la Francia?

Aborrecía d'Alembert la religión, porque hijo de un abate y de una canonesa, había exhalado sus primeros quejidos en el atrio de una iglesia; y porque la iglesia había sido hospitalaria recogiendo, y la canonesa y el abate culpables, hacía responsable á la religión del crimen de su nacimiento y de su abandono.

Diderot aborrecía la religión porque naturalmente era loco, y en su entusiasmo por el caos de sus propias ideas, se complacía más en forjarse él mismo misterios que en adoptar los del Evangelio.

Además, habían llegado los días de la destrucción. Cuando el destino quiere quemar el templo de Diana, hace nacer á Erostrato.

Diderot era alternativamente ateo, materialista, deísta ó escéptico, pero siempre impío.